

La venganza

Amelia iba a 180 km/h por la Ruta 68. Había poco tráfico, pero siempre era un riesgo enorme, sobre todo a esa velocidad, esquivar los camiones que circulaban entre la capital y el puerto, así como conducir en las acentuadas curvas en la subida hacia el túnel. En el asiento trasero iba Esteban, su único hijo, de 25 años, que cursaba la carrera de medicina en la Universidad de Chile, en quinto año. No sabía qué había ocurrido y cualquier idea que cruzaba por su cabeza solo la intranquilizaba más. Él estaba temblando, con las pupilas muy dilatadas, tenía sudoración fría, el corazón acelerado, estaba muy pálido y parecía aturdido.

Llegaron a la clínica en veinte minutos. Amelia había llamado al hospital de Curacaví a Emergencias pidiendo una ambulancia. Estaban copados porque, al parecer, había ocurrido un accidente o un incendio; lo intuyó por la sirena de bomberos. Si tocaban tres o más veces, era algo grande. Lo había aprendido de su amigo Óscar, bombero de la Primera Compañía, su mejor amigo en el pueblo. Ingresaron a Esteban inmediatamente y la espera se hizo eterna, lo suficiente como para perderse en recuerdos, buscando una explicación, lo que solo volvía la espera más angustiante.

Se habían mudado a Curacaví, a 40 kilómetros de la capital, hace siete años. El doctor le había recomendado a ella vivir en un sitio más tranquilo, debido a sus crisis de pánico. La ciudad la sofocaba y, además, su trabajo como asesora en marketing le permitía vivir ahí, ya que iba solo un par de veces

a la semana a Santiago. La mayoría de las veces eran capacitaciones y charlas en el extranjero. Eso significaba dejar a su hijo solo algunos días al mes, aunque eso no le preocupaba, porque era bastante responsable. Era un chico estudioso y de hartos amigos. Solía ser el alma de la fiesta. A menudo, Amelia lo dejaba hacer asados o juntas con los compañeros de universidad, en la parcela. Había espacio suficiente y le parecía bien conocer las amistades de su hijo. Daba por sentado que, cuando ella se ausentaba, él llevaba gente o alguna chica a casa. A ella le gustaba que él tuviera la libertad para hacerse cargo de sus actos. Las reglas eran claras y, mientras las cumpliera, todo marchaba bien.

Habían formado una familia los dos solos. El padre de Esteban se fue estando ella embarazada. Nunca volvió a saber de él. Los abuelos de Esteban habían fallecido a temprana edad, cuando él tenía quince años. Antes de eso, vivían en el sur y, aparte de visitarlos algunas semanas durante sus vacaciones de verano, no los veía. Su madre tenía un hermano que vivía en Italia, pero poco hablaba de él. Mantenían con su hijo una buena relación, aunque con los límites de privacidad que ella le había inculcado. Sus conversaciones solían ser sobre temas prácticos o más bien cotidianos: el trabajo, el estudio, las noticias contingentes, alguna serie o película para recomendar. Ninguno sabía mucho sobre la intimidad del otro, lo que sentía, sus miedos, sus vacíos con fantasmas.

Continuó buscando señales sobre algunos síntomas o cambios de conducta de su hijo. El último año lo había notado, en ocasiones, ansioso, pero lo adjudicaba a la presión de la carrera, las prácticas y largos turnos, sumado a su vida social, que no transaba por más cansado que estuviera. Solía decir, cuando ella le sugería que debía descansar: «Vieja, la vida es ahora. Cuando muera tendré tiempo para reponerme», segui-

do de un beso en la frente o mejilla. Amelia tenía una pareja puertas afuera que se quedaba en casa algunos fines de semana. Siempre había sido un alma libre y un poco solitaria, no servía para relaciones convencionales. Tenía pocos amigos, de esos que se han cultivado por años y apañan en todas. Aparte de los viajes por trabajo, solía estar en casa. Durante la semana, Esteban se quedaba varios días en Santiago, estudiando, de turno o simplemente para no viajar a diario.

Llamó a Bárbara, su mejor amiga (la de su hijo) para indagar un poco sobre alguna señal que pudiera haber visto en el último tiempo.

—Hola, soy Amelia, la mamá de Esteban, ¿cómo estás?

—Hola, bien, ¿y tú?

—Más o menos, lo que pasa es que...

—¿Pasó algo?

—Sí... Esteban comenzó a tener algunos síntomas extraños, temblores, sudoración. Vinimos a Urgencias y quería saber si estos días has notado algo fuera de lo común, algo que...

—No, nada —elevó la voz, algo que suelen hacer las personas al mentir. Amelia, por supuesto, no lo percibió.

—¿Te dijo si le dolía algo?

—No, se veía... Como siempre.

—Bueno. Muchas gracias.

—Por favor, tenme al tanto de cualquier novedad. Te escribo más tarde para saber cómo sigue.

—Ok. Chao —justo colgó cuando salió una joven de Urgencias.

—El acompañante de Esteban Salgado.

—Yo, soy su mamá.

—Pase, por favor.

Una serie de módulos, todos ocupados por personas con expresiones de fatiga o dolor. Llegó al mesón de enfermería y la atendió un doctor alto, de unos 35 años, con una barba perfectamente cortada.

—Usted es... —dijo el Doctor Fernández.

—Amelia Opazo.

—Amelia, su hijo está en este momento recibiendo medicación para calmar la agitación y la presión, está con apoyo de oxígeno. Hemos podido detener las convulsiones y, una vez terminados los exámenes, será trasladado a cuidado intensivo. Está consciente, eso es buena señal. Estamos esperando los resultados, pero todo indica que tuvo una sobredosis de cocaína.

—¿Qué? —su rostro se terminó de desfigurar con esa última palabra. Comenzó a preguntarse en voz alta, sin darse cuenta—. ¿Desde cuándo? ¿Por qué?

—¿Estaba al tanto de esto? ¿Sabe cuánto tiempo lleva consu...?

—No tenía idea —no pudo aguantar el llanto, incluso un par de sollozos se escaparon—. Disculpe...

—No se preocupe. Puede pasar a verlo.

Entró en el box de Urgencias. Estaba conectado a una mascarilla de oxígeno, unos parches e intravenosa. Lo saludó tiernamente y tomó su mano. Intentó leer las soluciones que colgaban a un lado de la cama, cuando lo escuchó hacer un ruido gutural, se giró para ver cómo su hijo empezaba a convulsionar con violencia. Gritó sin pensarlo: «¡Ayuda!» y, antes de que sonaran las alertas del monitor de signos vitales, había cinco personas en la habitación. No escuchó nada con claridad, su cabeza bombeaba, las voces lejanas, alguien cerró la puerta luego de halarla (qué ironía) hasta afuera. Lo último que vio antes de que cerraran las cortinas, fue a una chica sobre Esteban haciéndole reanimación.